

LA MAYOR SALADA DE EUROPA OCCIDENTAL

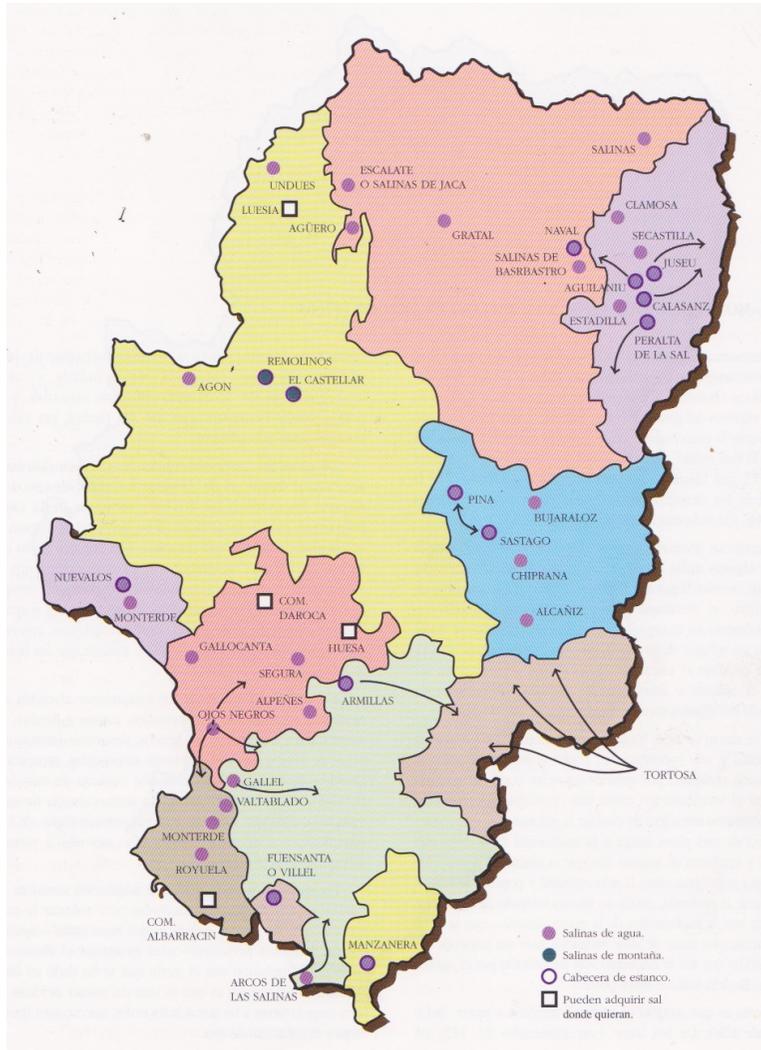
Cuando Jaime I le negó a Aragón salida al Mediterráneo –el gran sueño de Alfonso I el Batallador– le privó asimismo de un bien necesario para vivir: la sal marina. Lo que no sabía el Conquistador es que Aragón –desde entonces un país continental para siempre– tiene en el subsuelo un mar enterrado y, por lo tanto, también sal, pero habrá que llegar ella.

Conviene recordar que el cloruro sódico es necesario, entre otras cosas, para la supervivencia de hombres y animales, tanto que se convirtió en una de las monedas conocidas más primitivas con la que se pagaba el ‘salario’ y que el socorro mínimo que se podía prestar al caminante era ‘lumbre, sal y techo’. En nuestra tierra, pronto la monopolizaron los reyes quienes en contadas ocasiones concedieron a algún noble, obispo o monasterio la explotación de alguna salina. La sal apenas parece nada hoy, pero antaño fue instrumento de poder, como lo puede ser hoy el petróleo. Podemos decir sin temor a equivocarnos que los reyes y, en menor medida, algunos condes, obispos y abades salineros eran.

Estaba prohibido comerciar con ella y durante toda la Edad Media era obligatorio comprársela al señor al precio justo o injusto que éste quisiera hasta que se convirtió en un impuesto. La cosa no mejoró bajo la administración de los Austria y los Borbón y el monopolio continuó, solo que ahora se llamaba ‘estanco de la sal’ pues hubo otros, como la venta de esclavos, naipes, pólvora, plomo, azufre, sellos, pimienta, etc., y el tabaco, que por eso se vende en los estancos.



Salinas y estancos de la sal en el siglo XVIII.



Quedar estancada la sal significa que ahora la monopolizó no el rey o un señor sino el propio Estado y los ciudadanos solo podían comprar la sal oficial, mientras que guardianes estatales perseguían a muerte a los contrabandistas que la vendían cinco o seis veces más barata. Se obligó a todo el mundo a comprar en un ‘estanco’ determinado y a un precio oficial impuesto, el ‘acopio’, te hiciera falta o no. Nunca los aragoneses fueron tan salados como entonces.

Presionaron tanto los liberales que las Cortes fijaron el año 1821 para la supresión del estanco salino, pero las dificultades económicas por las que pasaba Hacienda en ese momento obligaron a posponer el acuerdo, que solo se materializó en 1869, casi cincuenta años más tarde. La sal era por fin libre muy avanzado el siglo XIX, o sea, hace tres días como quien dice.

La mucha sal que está escondida bajo tierra aragonesa hay que localizarla lo cual es fácil y capturarla, trabajo éste que puede ser más o menos costoso, pero siempre muy laborioso. Y tres han sido tradicionalmente los procedimientos: meterse el hombre bajo tierra para arañarla y sacarla a la superficie (mina); extraer del subsuelo mecánicamente el agua que está contaminada de sal o tener la fortuna de que salga de manera natural mediante fuente o manadero (salina); o que el agua embalsada en un lugar de base salina salga a la superficie por simple capilaridad (salada).

Desde época romana se ha extraído en lo que hoy es Aragón sal de la misma entraña terrestre, de una **mina**, sal a la que se llama ‘gema’. Aunque se extrajo también en El Castellar, actualmente solo funciona a pleno rendimiento la inagotable y única mina aragonesa de Remolinos a la que recomendamos hacer una visita puesto que admiten visitantes. En las enormes e inacabables galerías subterráneas –antes con pico y pala, hoy con dinamita y compresor– el minero arranca la sal gema mezclada con margas y yesos, trabajo penoso al que eran castigados muchos condenados antaño. En tiempos pasados con carro y ahora con enormes camiones, la sal gema es llevada al exterior para ser molida a gusto del consumidor.



Mina de Remolinos, única en Aragón.



Salina de Armillas.

Para poder organizar una **salina** hace falta encontrar agua salada bajo el subsuelo, pero es imprescindible sacarla a la superficie. A veces la propia naturaleza ayudó y la sacó al exterior mediante fuentes naturales; en otras ocasiones se horadaban pozos, pero entonces había y hay que sacarla con un artefacto. En época moderna se hacía mediante bomba, pero antaño era una noria generalmente movida por animales, aunque también por hombres, muchas veces castigados a ello para ‘pagar’ sus penas.

Una vez extraída el agua salada había que trasladarla mediante canalillos hechos con troncos e incluso con tejas a pequeños estanques de escasa profundidad –las ‘eras salsas’– repartidos por toda la salina para que el sol la evaporara y quedara liberada la sal. Desde pequeñas casetas se vigilaba que no hubiera robos ni en las eras ni en los almacenes donde iba a parar la sal para su secado.

En Aragón ha habido, como puede verse en el mapa, muchas salinas, pero prácticamente todas han dejado de funcionar y, con mucha suerte, aún puede verse entera la instalación. En algún caso, como en las famosas de Naval, se han convertido en piscinas donde los usuarios flotan a su gusto; en otros, como en Arcos de las Salinas, se habla de rehabilitarlas para mostrarlas al público como bien patrimonial que son.

La tercera forma de obtener sal la proporcionan las **saladas**, depresiones naturales de tierra más o menos extensas de base salina y de poca profundidad en las que las aguas de lluvia no tienen salida y se quedan estancadas. Como apenas se mueve el agua y parte de ella se filtra hacia el fondo, produce un efecto de capilaridad que provoca que la sal aflore a la superficie. El sol hace el resto de modo que al evaporarse el agua no filtrada queda acumulado el cloruro sódico tiñendo de blanco la superficie. El saladar está dispuesto para que el hombre recoja la sal blanca.

Cuando una laguna de este tipo tenía un pozo en su perímetro, generalmente de agua salada también, se podía suplir la carencia de lluvia; entonces mantener la salada atendida era rentable, creándose incluso ‘pósitos’ o almacenes para que no fuera robada y comercializarla en su momento.

Las saladas más importantes estaban –y aún pueden verse– en los Monegros y en la ribera baja de Ebro, destacando las muchas existentes entre Bujaraloz y Sástago, sobre todo la Laguna de la Playa con sus importantes infraestructuras a punto de hundirse por completo. En los acampos que rodean Zaragoza hubo varias, pero solamente es reconocible en parte la cercana a Mediana. Merece la pena ir a ver las que se hallan en los alrededores de Alcañiz y Calanda, pero sobre todo la de Chiprana que es hacia donde nos dirigimos nosotros.

Aunque vamos ir a ver la mayor y más completa salada de Europa, lo cual ya de por sí un privilegio al alcance de muy pocos, el viaje se puede engalanar yendo de Zaragoza a Colonia Celsa (Velilla de Ebro), a los meandros encajados del Ebro (Mirador de Sástago), al Monasterio de Rueda y, tras disfrutar de la salada de Chiprana, finalizar en Caspe que tiene lo suyo. Pero centrémonos ahora en Chiprana y su salada.





A unos 18 km de Escatrón en dirección a Caspe por la carretera A-221, antes de salvar el puente que hay a las afueras de Chiprana, un letrero nos señalará a la derecha un camino medio asfaltado que lleva a las saladas, porque son varias, pues la mayor o 'Laguna Grande' está acompañada por otras más pequeñas (del Farol y de las Rocas). No hay pérdida.

Al llegar lo habremos hecho a la única laguna endorreica de aguas saladas y permanentes de Europa occidental, de unas 31 ha y con una profundidad de unos 5,6 m cuando lo normal en este tipo de lagunas es que no sobrepasen los 70 cm. Por todo eso y por la riqueza de su flora y avifauna ha sido declarada 'Reserva Natural Dirigida' que es mucho. Existen paneles explicativos y recorrido señalizado que conviene seguir.

La Salada Grande siempre tiene agua, pero libera sal que se puede recoger en determinados momentos. Y tiene siempre agua porque se alimenta de tres aportaciones distintas: un 20/22% son aguas de lluvia; contribuyen con un 16/18%, aproximadamente, los excedentes de riego mediante la Acequia de la Casilla; pero un 62/64% son aportes propios subterráneos cargados de sal.

Aunque a simple vista pudiera parecernos que nos hallamos ante una charca sin importancia y que tal vez no mereciera la pena haber hecho el viaje estaríamos muy equivocados. La Salada Grande no solo es la mayor y más profunda de la Península, sino también la única de aguas permanentes profundas de toda Europa occidental.